

Te va a caer una buena

Mi primera salida a examinar en la UNED no empezó con buen pie. Como a todos los recién llegados, me tocó ser secretaria de uno de los tribunales de pruebas presenciales, labor no especialmente compleja, pero sí un tanto estresante para los principiantes, poco avezados a los entresijos de la universidad a distancia. Por aquel entonces, los exámenes se transportaban desde la sede central a los centros asociados en las famosas valijas, estas enormes cajas de acero, extremadamente pesadas, que se abrían y cerraban, previa pillada de dedo, con unas llaves especiales, redondas, que, en ocasiones, costaban encajar. Estas llaves se entregaban un día y hora concretos en cada facultad a los presidentes y a los secretarios de los tribunales, quienes debían guardarlas con extremo cuidado para, llegada la semana de exámenes, poder custodiar las pruebas realizadas.

Yo me olvidé por completo de la convocatoria y no acudí a recoger las llaves. No fue hasta unos días más tarde que, tomando café con mi compañera Silvia, me percaté de mi terrible despiste. Tras un primer momento de pánico absoluto, Silvia me sugirió que la única solución era ir a la sección de Pruebas Presenciales en Bravo Murillo y hablar directamente con la Vicesecretaria General que, en aquel momento, era M^ª José López de Ayala, una mujer admirada por toda la universidad por su rigurosa labor en el buen funcionamiento de los exámenes, pero a la vez temida por ser una mujer de armas tomar, exigente, recta y, en ocasiones, directa y cortante. “Te va a caer una buena” comentó Silvia, “pero, hija, no hay otra”.

Recuerdo perfectamente mi desplazamiento a Bravo Murillo. Andaba por la calle abatida y temblorosa, mientras musitaba, por lo bajines, un discurso de disculpa y solicitud de clemencia. Subí a la cuarta planta como si ascendiera al patíbulo, resignada a recibir mi merecido castigo. Llamé a la puerta de M^ª José con un golpe nervioso. “Adelante” oí que me decía y entré. De repente, sin explicación alguna, se produjo una inesperada descoordinación entre mi mente y mi boca que, lejos de cualquier filtro reflexivo, oí que decía “Vengo a que me decapite”. “¿Perdón?” dijo ella. “Vengo a que me decapite” repetí. “Me he olvidado de recoger las llaves de la valija del tribunal de Gerona”. Me miró con cara atónita, pero, a la vez compasiva y, en un acto de generosa empatía hacia

la profesora novata, dijo “Esto nos puede ocurrir a todos”. Me dio el sobre con las llaves y, tras un reiterado “Muchas gracias” por mi parte, salí, con el corazón aún acelerado, al fresco de la calle.

Nunca más volví a ver a M^a José. Unos meses más tarde me enteré de que una rápida y cruel enfermedad se la había llevado. Aunque yo apenas la conocía, la noticia de su muerte me afectó y, cuando recuerdo mi fugaz encuentro con ella, no puedo dejar de pensar que personas con la fuerza, la tenacidad y la generosidad de M^a José López de Ayala son las que han contribuido a forjar y a consolidar el buen nombre de la UNED.

Eva Estebas Vilaplana

